

EL SUEÑO VUELTO REALIDAD

(breve cuento de vida)

(por Luigi Muccitelli)



*Año de 1957 * Emigrantes en navegación hacia suramérica*

Luis, sencillo muchacho de un pueblo italiano, donde la gente seguía en milenaria pobreza, usurpada hasta en el alma, había soñado ardientemente aquel momento, casi no creía que hubiera llegado, y un fuerte temblor sacudía todo su escarnecido cuerpo. Parecía que dos poderosa manos le habían agarrado sacudiendole despiadadamente. Había obtenido el sello por la Embajada de Venezuela para salir hacia su fantasticada aventura en seguir las huellas de su padre quien no daba noticias desde siete años. Era el 1957, época en que centenares de jóvenes se iban a suramérica o Australia pudiendo pagar altos gastos a un agente de viajes quien, hasta falsificando pasaportes, procuraba la documentación necesaria y el pasaje en barco, muchos firmando cartas de deudas con los bancos locales, pues dejandolas a los responsables de familia. Él no tenía posibilidad financiera alguna, tampoco una familia que pudiera empeñarse por el préstamo, y el padre quedaba envuelto por el silencio, sin nunca pensar en llamar al hijo abandonado a los diezysiete años.

Por casualidad, Luis supo que en Roma había una entidad de gobierno llamada C.I.M.E. (Centro Italiano Migración Europea), oficina encargada de coordinar los flujos de obreros, requeridos al extranjero, según pedidos de necesidad en cada país, entonces, abiertos a trabajadores especializados. Así, siendo calificado electricista, también de marina militar, no perdió tiempo, sabiendo moverse autónomamente, dirigiendose enseguida a aquella sede, afortunadamente atendido con mucha comprensión, evaluando directamente su petición y en pocos días, después de un control médico a su constitución física, le concedieron el bienestar. Era el mes de julio y, a pesar del sol fuerte y muy caliente, él se sentía atravesár por un gélido flúido rociado a su corazón que aleteaba fuerte, como para salirse de su pecho. Pues, una llamada de calor placó su temblor, como le acaecía cada vez que debía enfrentar un viaje hacia el incógnito.

Fue a despedirse de su abuelo, el único cariño que le quedaba, de la que una vez fue una numerosa familia patriarcal. Su joven y bella madre había muerto casi diez años antes, quebrando todos sus sueños, mientras dos años después el padre se había ido a suramérica para buscar mejor suerte, sin dar más noticias de él, propio en el país donde soñaba de llegar para construirse una nueva existencia, lejos de su pueblo hundido en historias de miserables sin alguna luz al horizonte.

Su abuelo, hombre fuerte y musculoso que trabajaba de toda la vida, un gigante, también de bondad, le abrazó con las lágrimas en los ojos y sólo le dijo: “Acuerdate, yo tuve directa experiencia, cada país es mundo, y tú eres joven, con posibilidad de rehacerte una vida mejor que aquí. Pero, nunca olvides que traen más dos pelos de mujer que un par de bueyes...” Pues le dió un billete de 5 mil liras, lo máximo que podía, que en 1957 correspondían a 10 dólares norteamericanos. El único capital que Luis guardó en su bolsillo como una reliquia y prosiguió su viaje, él también enternecido y enjugándose las lagrimas con el pañuelo.

En el puerto de Nápoles, el barco ya estaba listo para salpar las anclas, animado por la muchedumbre de emigrantes llegados de toda Italia del sur y parientes que agitaban pañuelos al aire. En la sala del embarcadero, Luis siguió la cola por el control aduanero, entonces muy rigurosos, como si los pobres cristos que emigraban, hubieran bienes ilegales en las maletas de cartón machacado, amarradas con cuerdas porque no tenían buenas cerraduras. Como la de Luis que contenía apenas un par de trajes que le había regalado su cuñado sastre y poca ropa íntima. Todavía, debía pasar por el control. Los policías a lado rodeaban miradas severas, ojalá para sorprender algún contrabandero, entre la masa de muertos de hambre que seguían la odisea de padres y abuelos para ir a buscar el pan tan lejos, en países desconocidos, sino que iluminaban sueños y esperanzas.

Luis, estaba detrás a un sacerdote con pinta de indio, gruesos anteojos de tortuga, quien demostraba su refinada instrucción y una cierta capacidad psicoanalítica. Iba empujando paso a paso su carretilla repleta de maletas de luciente cuero negro de buena factura y, volviendo la cabeza, dió una rápida ojeada a él y a su maleta de cartón machacado, casi compadeciéndole, invitándole a ponerla entre la suyas.

“Pónla con las mías, no tengas miedo que pasaremos sin problemas...” Así le dijo en aproximado italiano. En verdad, él no tenía preocupación alguna, ya que habrían sólo acertado su miserable condición, quizá, hasta se habría avergonzado. Pues, pronto salieron dirigiéndose al puente del embargo. Los policías de aduana se habían limitados en ojear los pasaportes y saludar atentamente el pasaje del sacerdote y lo que creían su ayudante. Fue, aquel, un feliz encuentro que se transformó en amistad entre el sacerdote de nombre Don Ramón y Luis quien, aunque no poseía cultura universitaria o de seminario, sabía conversar en correcto italiano, con dialéctica aguda y simpática. Enseguida fueron en sintonía, como dos compadres de antigua fecha, llamándose simplemente por nombres, en armoniosa amistad, mientras el barco empezaba la navegación, alejándose desde el muelle de Nápoles, hacia el mar abierto al horizonte, donde una gruesa rueda de sol se imergía enrollando el velario oscuro de la noche.

Ramón y Luis se mostraban alegres de la cruzada oceánica, muy pronto confiándose las tristes vicisitudes de propias vidas. En tanto iban estableciendo otras amistades entre los pasajeros, contentos de ser ayudados en vencer primeramente la tristeza y la nostalgia, pues temor y mal de mar durante quince días de navegación hasta llegar al Puerto de La Guaira en Venezuela.

Eran dos muchachos coetáneos, de veinteycuatro años, distintos sólo por instrucción: el uno había estudiado en universidad civil y seminario religioso, por voluntad paterna, el otro pudo apenas frecuentar por tres años un instituto agrario, antes de ser obligado a renunciar sin amparo de familia, y su universidad fue la calle. Todavía, había sido marinero militar por dos años, donde vivió sus experiencias de vida que le maduraron, siempre brincando obstáculos para salir de su mediocre condición social. Entre ellos hubo una inmediata simpatía, revelando afinidades culturales y dialéctica brillante, sobretodo con las mujeres ansias de disfrutar picadas aventuras en aquella irrepetible oportunidad de cruzada oceánica. Por su parte, Don Ramón salvaba su veste de cura con maneras gentiles y destacadas, sino en sus ojos se leía claramente una carga heróica incontenible, lo

que más se agudizaba y ampliaba en la mente de mujeres deseosas de vivir secretas y misteriosas aventuras. Él, durante sus años de seminarista en Roma, seguramente había vivido alguna noche de parranda, mientras ahora, libre de cualquier control, sentía la necesidad de desahogar su espíritu rebelde y su cuerpo de joven exuberante costreñido por muchos años en la abstinencia. Así, en un momento de pausa, confió a Luis su triste vida de imposición paterna.

Ramón pertenecía a una riquísima familia de hacendados chilenos, donde las reglas eran dictadas por el padre, mientras la madre sufría su inferior condición, como todas en aquella época de casi esclavitud femenina, aún sabiendo siempre ayudar a escondida sus propios hijos. Todavía, como buena madre, también quedaba atada al sueño de ver propio hijo realizar un feliz y rico matrimonio, digno de propia condición social. Él, pero, joven estudiante en un colegio de Valparaíso, se había enamorado perdidamente de una bellísima muchacha india encontrada en un barrio muy pobre, donde vivía e soñaba de salir de su condición miserable. Y en aquel barrio había muchísimas como ella, ignoradas, a márgen de castas terreras y políticas que nada se preocupaban de problemas sociales, sino enriqueciendo más con la mano de obra de peones, comprimiendoles cada aspiración de salir de la secular condición de miseria. Lo mismo que pasaba en Italia, en pueblos agriculos del sur, donde los pocos hacendados imponían duro trabajo y limitada sobrevivencia.

Por eso, joven sin alternativa de vida, Ramón tuvo que obedecer trasladado a la Universidad de Córdoba en Argentina, donde se graduó en lengua inglés. Pues, no satisfecho, el padre siempre persiguiendo en su diseño de poder político entre las ricas castas, le obligó a seguir estudios religiosos en Roma para volverse sacerdote y, un día, quizás, ser obispo y hasta cardenal en Valparaíso. Ahora, finalmente, en su viaje de regreso, se sentía libre de desahogar sus incanceladas penas, confiandolas a Luis, un muchacho como él diferente sólo en el color, sino libre de prejuicios y ligamenes familiares, como él quería ser, encontrado por destino, y quien sabía escuchar, demostrando comprensión y sincera amistad, inspirando confianza. Le dijo que una vez vuelto a su país, ya mayor y sin obligos, habría abandonado la veste de sacerdote, para incompatibilidad con su espíritu y proyectos de vida, ya que podía bien ganarse la vida construyendose un porvenir sin la ayuda de su padre, ojalá enseñando la lengua inglesa en institutos privados.

En tanto, después de la primera noche de navegación siguiendo la costa italiana, el barco fue anclado en el puerto de Génova para embarcar otros pasajeros del norte Europa. Allí subieron centenares de familias húngaras, destierradas en consecuencia de la invasión de blindados soviéticos en el año de 1956. Entre ellos, un grupo de misioneras francesas llegadas en tren a través de la frontera de Veintemillas. Las que fueron acogidas por el capellán de bordo, un hombre anciano, flaco, de ojos penetrantes, quien con gesto rápido las reunió para acompañarlas a los camarotes. A lado de él caminaba una bellísima muchacha, con paso elegante de modelo y un rostro maravilloso que radiaba luz alrededor, aunque en su sencilla uniforme celeste y la blanca capucha, característica de las hermanas misionera, que no cubría todos sus bucles dorados.

Siguiendo en la navegación, no tardó ella en acercarse a “Don Ramón” junto a Luis quien sabía hablar en lengua francesa, lo que sorprendió al amigo sacerdote, esta vez, quedado fuera de la conversación, no pudiendo entender o expresarse con la muchacha embrujadora. Él se había si graduado en lengua inglesa, estudiado latín en seminario, lograba expresarse en italiano, además de su castellano, pero en aquel momento se sentía impotente. Luis, envés, en los tres años de escuela agraria había estudiado la lengua francesa, y personalmente también la española por medio de un fascículo que le prestó un compañero quien esperaba también noticias de su padre, lo mismo emigrado a Venezuela sin dar más noticias. Pues, Luis, en su desventajada vida, tuvo siempre gana de aprender idiomas y la manera de ponerlos en practica para mejorar sus conocimientos.

Así, indiferente a la punta de invidia que leía en los ojos de Ramón, seguía conversando alegremente, traduciendo sólo algunas palabras, mientras cautivaba la simpatía de la estupenda francesita. Ella, también divertida, se daba cuenta del embarazo y el deseo que probaba Don Ramón, picando pero el ojo a Luis, ya facinada por él y al mismo tiempo embrujandolo siempre más. Todavía, mientras charlaban divertidos, a menudo pasaba el capellán, rodeando indignadas mi-

radas a él que consideraba un intruso y a la misionera, quien iba controlando desde el primer momento del embarco. Pues con hipócrita gentileza la invitaba a seguirle para la reza cotidiana, y ella obedecía, volviendo una dulce mirada a Luis con la muda promesa de volver apenas posible.

Poco a poco se iba consolidando una irresistible atracción entre Giselle, así se llamaba la francesita, y Luis: dos muchachos más o menos de la misma edad. Y en cada encuentro maduraba más fuerte, la atracción y un sentimiento de amor y esperanza de nueva vida, sobretodo para ella que había profundas penas en su pecho. En un íntimo momento, descorazonada, confió a Luis su drama de pobre muchacha muy cortejada en su pueblo, enamorada por mala suerte de un cobarde muchacho, hijo de rica familia burguesa, quien la preñó, pues desapareciendo abandonandola a su destino. Así, desvergonzada por la familia y la gente de su pueblo, entonces, por la mayoría de intolerante tradición, sufrió descuidada alimentación y agudas penas, hasta perder al hijo que nunca vió la luz para enmarcar su triste vicisitud. Por eso, teniendo oportunidad, se había enrolado como misionera para ir a Brasil, en un pueblo desconocido en el Mato Grosso.

Luis escuchó muy entristecido la historia, una de la muchas que caracterizaba el abuso que se perpetraba, en daño de las más bellas muchachas de pobres familias, pues costreñidas en sacrificarse por amor de los hijos sin culpa, quienes pero debían en la vida sufrir la etiqueta de “bastardos”, entre sociedades despiadadas de verdaderos bastardos culpables. Él, en aquellos momentos descorazonado, la acariciaba dulcemente en la mejilla, mientras ella estremecía y se enroquecía, ya prendida, pero aún resistiendo en abrazarlo.

La navegación seguía alegre para Luis y Ramón y, cada día, aumentaba el grupo de charlas en torno a ellos. Se había acercado curiosa una muchachita húngara de trece años, flaquita pero bien proporcionada, con dos trezas que bajaban a sus espaldas, columpiando cada vez que movía la cabeza, riendo por la risa contagiosa que estallaba en el grupo, aunque no comprendía palabras. Sus negros ojos de môngola se encendían, sin destacarse de los de Luis que le provocaban simpatía, mirándole fijamente. Todavía él rodeaba nerviosamente la mirada, en espera que apareciera Giselle, la francesita, quien prometía consumir una maravillosa aventura, sin cometer pecado alguno. En tanto, aumentaba más el grupo de amigos, sobretodo suramericanos, así que Luis pudo practicar la lengua castellana. Uno de ellos era un jóven abogado de Quito, pequeño pero de justas proporciones, como un lilipuciano, de ojos también pequeñitos que reflejaban viva luz de inteligencia. Un gran tocador de guitarra y cantor, así que Luis pudo expresarse a su lado en las más profundas melodías de amores inolvidables. Un verdadero gozar que en cada tarde, crecía con el grupo en la popa, a medida que el barco cruzaba el océano Atlántico superando el paralelo del trópico y acercándose a la meta soñada. Luis, sentía nueva fuerza corroborar su sangre, quietado en el alma, con la mente ya serena en llegar a un país aún desconocido, que pero consideraba ya suyo, capaz de enfrentar cualquier dificultad para empezar en construirse una nueva vida.

El barco procedía placidamente, el sol resplandecía más en el cielo alargando el día con una luz fuerte y clara de amanecer, como una campanita de cristal que espejaba las nubes sin dejarlas transpasar. En cada ángulo del barco, especialmente bajos los puentes de proa y también de popa, las parejas ocasionales buscaban la oscuridad para consumir la aventura de amor; casi un rito embrujador en entrar al trópico.

Luis también estaba bajo de un puentito envuelto por la sombra, esperando que llegara Giselle, para vivir un inolvidable momento de empate de amor, como le había prometido y, de improviso, ella desembocó por un estrecho corredor. Él probó una sacudida al corazón y enseguida ella se echó en sus brazos pegándole un beso ferviente a la boca, destacándose rápida sin poder decir palabra, advirtiéndole el crujido de la veste del capellán quien seguía atrás por el mismo corredor.

“¡El capellán, está llegando el capellán!...” Y ella se despegó por el abrazo, desapareciendo esbeltamente en otro corredor lateral.

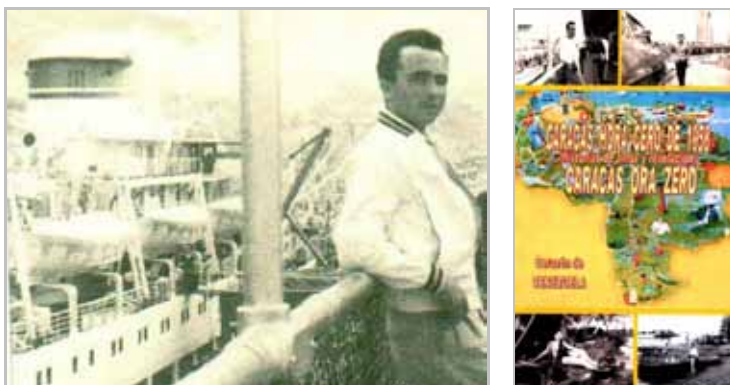
Luis, sintió caerle el alma, quedándose inmóvil, indiferente, fingiendo fumar un cigarrillo, mirando las pálidas estrellas en el cielo, mientras el astuto capellán pasaba casi arrastrándole y echándole una diabólica mirada. Así esfumó, para Luis y Giselle, aquella noche tropical que podía,

quizas, transformarse en pasion, en algo más que una aventura pasajera. El día siguiente, las trompetas del barco sonaron el avistamiento de la tierra y Luis se puso la mano a la frente, quizá como hizo Cristóbal Colón cinco siglos antes, en descubrir aquella maravilla inesperada tierra. Todos los pasajeros se asomaron al balcón de proa manifestando alegría.

Pues, lentamente, el barco ancló en el puerto de La Guaira y todos se apresuraron en prepararse al desembarco, cadauno pensando de bajar primero, Todavía, los policies del dictator Marcos Pérez Jiménez, ya subidos a bordo, levantaban machetes imponiendo a todos de meterse en cola para el control. Luis quedaba tranquilo,marinero experto, mientras abrazaba Ramón quien prometía escribir, llegado a Valparaiso; ¡Asi le dijo! Pues, levantando la mirada a la terraza del muelle, vió a su padre apoyado al balcón, quien le miraba fijo, aturdido, casi pareciendo no reconocer al hijito abandonado siete años antes. Él le acenó un saludo con la mano y el padre se reanimó. Aparecía mucho más envejecido de los cincuenta años apenas cumplidos, demostrando claramente de no vivir en buenas condiciones, como cualquier peon de Barquisimeto, ciudad donde vivía.

Una vez desembarcado, pasando por el control de aduana, Luis finalmente le abrazó en silencio; no era el momento de hablar, y no había nada de particular de contarle, y su padre demostraba no haber interés en preguntarle algo, ya lejos con la memoria de su pueblo natal italiano y los cuatro hijos menores abandonados. Había cortado a sus espalda toda la memoria de su vida errabunda.

Pues, fueron a embarcarse en los autobuses de línea por la vieja carretera colinar de La Guaira hasta Caracas, donde, zig-zagando entre grupos de ranchitos, Luis pudo bailar un primero tradicional Joropo, entre simples pasajeros y jaulas de pollos. Todavía, lo mismo contento, aunque el padre no había ido a recibirle con un flamante carro. Pues, al fin, bajaron en el cuartel de Santa Teresa, dirigiendose al “Hotel Zulia” situado entre las cuadras de Pinto a Vientos. Y fue la primera etapa de su vida que iba empezando en Venezuela, que Luis había soñado desde muchos años.



LUIGI MUCCITELLI nacido en Fondi, Lazio, Italia. Poeta, pintor, escritor, traductor, periodista y editor de la revista Lo Spazio International Art & Literature Magazine. Promotor y difusor de publicaciones en italiano-español. Ha vivido en Venezuela en los años de 1957-62 donde fue testigo de los acontecimientos revolucionarios por lo que escribió el romance-documento bilingüe “Caracas Hora Cero”. Autor hoy muy conocido en el mundo, colaborador de periódicos y revistas mundiales en papel de lengua española, muchas virtuales internacionales, editor de antologías premios de poesía bilingüe internacional “Simón Bolivar El Libertador” y premio “Giulia Gonzaga” donde incluye notables poetas iberoamericanos. En su larga carrera recibió muchos premios de mérito y es miembro honoris causa de diversos institutos de Argentina y otros, mientras sus libros historicos-documentales están en las mayores bibliotecas europeas, latinoamericanas y del mundo.

(N.B.) Historias-documento del siglo veinte vivido por personajes reales que se enlazan en problemas, dramas personales, tragédias, esperanzas para una vida digna y libre, fuera de antiguas imposiciones tradicionales de familias y de una sociedad egoista y usurpadora, persiguiendo mayor alcance según ideal y propia capacidad individual.